

## El barrio de las mujeres fuertes

El equipo social que trabaja en el poblado gitano de El Encuentro asegura que el 50% de las familias están preparadas para realojarse en pisos de la ciudad. Buena parte de esta situación se debe a sus mujeres



Elena es una de las mujeres jóvenes y valientes de El Encuentro. En la foto, con su hijo pequeño. /FOTOS: JESÚS MATÍAS

ANGÉLICA GONZÁLEZ / BURGOS

En las últimas elecciones generales todas han votado. Porque no están al margen de la sociedad aunque el gueto en el que se ha convertido el poblado El Encuentro, en el que muchas de ellas han crecido y en el que viven, pueda dar esa sensación. No están al margen y no quieren estarlo. Las mujeres gitanas tienen una fuerza especial que les hace salir adelante en casas frías, donde la humedad del invierno se clava hasta el tuétano y el sol del verano hace que se superen con creces los cuarenta grados, donde las cucarachas se hacen fuertes en los paquetes de galletas. Ellas siguen adelante en condiciones en las que muchas payas hubieran tirado la toalla hace tiempo.

El Encuentro tiene unos diez u once años. Cuando se inauguró lo constituían varias hileras de flamantes casas prefabricadas con su cuarto de baño. El tiempo y la 'ley de vida' han hecho que las familias crezcan y no ha quedado otro remedio que levantar chabolas que carecen de agua y de sanitarios pero que están como los chorros del oro. Por eso protestan las mujeres, porque han de ir a otras casas a poner las lavadoras y a asear a los niños.

Azucena tiene 31 años y se está sacando el carnet de conducir. Ha trabajado un par de meses en un

hotel y está buscando un nuevo trabajo. «Yo ya he vivido en un piso en la ciudad y no creo que nadie haya tenido el más mínimo problema conmigo ni con mi familia», asegura. Elena monta tornillos por unos 20 ó 30 euros a la semana.

Todas tienen ansia de contacto humano «porque lo más cercano que tenemos es la perrera... y los educadores», dicen, entre risas. Los carteros, por cierto, no reparan la correspondencia casa por casa como en otros barrios.

Y también quieren intimidad porque de una vivienda a otra se

llega con la mano y todo el mundo se entera de todo. No se acostumbran a vivir así por mucho que algunas no hayan conocido otra cosa. Por eso se afanan en mejorar todos los días, por aprender a cocinar de una forma más saluda-

ble (se están entrenando ahora en las verduras y sus ventajas para la salud), por participar en las escuelas de padres y madres que organizan las educadoras. Son listas, lo dicen y quieren que se les dé una oportunidad para demostrarlo. Cuentan muchas de ellas, además, con la colaboración de maridos abiertos, que ayudan y que se quedan con los niños cuando ellas salen a dar una vuelta. Y con el culto (religión que siguen devotamente) del que aseguran que les ha hecho mejores personas.

**Quieren casas con agua, casas con intimidad, quieren ver gente por la calle, no sentirse aisladas**

### Todo por los niños



Algunos de los pequeños vecinos del poblado.

No quieren que sus hijos crezcan en El Encuentro. Las mujeres sufren porque las condiciones de vida que soportan ahora hacen que se produzcan muchos casos de infecciones respiratorias y de problemas de piel entre los más pequeños que, en algunas ocasiones, les provoca una reducción de la normal escolaridad.

«Los niños ven o han visto cosas que no tienen que ver como niñas o un borracho haciendo cosas con el coche. No quiero esto para mis hijos porque yo lo he pasado, lo he vivido y te frustra mucho», asegura Pastora, una de las que más claro tiene todo y que se afana cada día por ser una buena cristiana. Son ellos, en definitiva, la primera razón por la que quieren marcharse de allí cuanto antes.